



NUM. 15.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 14 DE ABRIL DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



uen tiempo, quizá demasiado bueno, pues de un salto nos hemos plantado, desde un marzo frio y ventoso en un agosto que abraza. Mejor que mejor, como diria, si viviese, el marqués de Mendaña, delicioso personaje del *Don Francisco de Quevedo*, de nuestro querido E. Florentino Sanz, que

mas de una vez habrá hecho reir de veras á nuestros lectores; mejor que mejor, asi veremos el espacio lleno de luz, de verdura y de flores los campos, y de gente los paseos, que han estado en general solitarios, desde que principi6 la primavera. Parte de la concurrencia que suele frecuentarlos, ha asistido á los conciertos profanos y sacros, que ya de dia en el circo del Principe Alfonso y en el Conservatorio se han dado, ya por las noches á las *soirées* en salones aristocráticos y en salas que, aunque modestas, han aparecido en las reseñas periodísticas engalanadas con un aumentativo que hace sonreir á la Geometría, ciencia que, como es sabido, trata de la estension y de sus medidas.

La proximidad de la Semana Santa ha variado tambien la direccion de los pasos de la sociedad madrileña, que, sobre todo en estos últimos dias, tomó la de los templos donde va á conmemorarse con la pompa y solemnidad del culto religioso la Pasión y

muerte del Salvador. Con tal motivo muchas familias han salido de esta córte para Toledo y Sevilla, donde las procesiones y los monumentos atraen todos los años gran número de forasteros, asi de España como de fuera de ella.

Diecinueve siglos hace que en la cima del Calvario, desde lo alto de una Cruz que hasta entonces habia servido de afrentoso patibulo á malhechores, selló Jesus con el sacrificio de su vida el Nuevo Testamento, el código sagrado que llevaba en sí la revolucion mas radical y mas profunda que han conocido los hombres. El último suspiro del Crucificado hizo temblar el edificio de iniquidades levantado por el mundo pagano, y la palabra de fuego de doce hombres del pueblo, de doce pescadores, esparcida por la haz de la tierra, acabó la obra de demolicion y de regeneracion comenzada por el divino Maestro. Tal es el misterio y tal el significado de las ceremonias que la Iglesia celebra en la Semana Santa, época del año colocada como un paréntesis, ó una tregua en medio de las agitaciones comunes de la vida.

Ha llamado mucho la atencion en la Esposicion Universal de París, el Oriente, por el lujo que despliega, apesar de contársele entre los países mas bárbaros; asi como tambien, no obstante lo reducido de su territorio, Bélgica parece que lleva la bandera del trabajo, y eso que tiene competidores como Inglaterra y los Estados-Unidos.

El pabellon destinado á España domina á todas las construcciones que lo rodean, y quizá es el que mas se distingue asi por su forma general, que es elegante y magestuosa, al par que severa, como por su riqueza, su gracia y su decorado.

Dos grandes cuestiones preocupan hoy al mundo político, que nos limitaremos á anunciar por no ser propio su exámen de un semanario de la índole del nuestro: es una la cesion del ducado del Luxemburgo por parte de Holanda á Francia, y otra la de las posesiones que Rusia tiene en América, á los Estados-Unidos. Dúdase de que la primera llegue á realizarse, en vista de las reclamaciones y de la actitud de algunos gobiernos de Europa: las dificultades respecto de la segunda, son menos, y en todo caso, aunque las hubiera, no parece tan ocasionada á conflictos como aquella. La diplomacia trabaja sin descanso para resolver estas cuestiones, que es de esperar terminen pacíficamente, sin que un diamante de mas ó de

menos engarzado en una corona, sea causa de que las potencias interesadas luchen á brazo partido.

Los famosos diamantes del principe de Esterhazy han pasado de una mano á otra, y no sabemos que de resultas de este hecho haya habido el menor disgusto. Su venta, verificada en Lóndres, ha producido unos ocho millones de reales.

Anúnciase la próxima llegada á París del rey negro de Bonnay, monarca de uno de los Estados del Africa occidental, cuyos habitantes se dice que tienen las costumbres mas sencillas y patriarcales. No lo ponemos en duda; la que sí creemos algo menos patriarcal y sencilla es la de comerse á los estranjeros que atrapan, y cuya carne es el manjar mas sabroso de sus banquetes. El monarca debe comprender la humanidad de una manera análoga á la de sus súbditos, pues posee un palacio edificado con huesos de enemigos y una vajilla en que figuran unos cien mil cráneos, que, en un apuro pueden servir de copas para beber. No dice la historia si la bebida que en ellos se escancia es agua como la del Lozoya ó sangre humana; pero en la sencillez y en la patriarcalidad (si se permite esta palabra) de aquel rey y de aquel pueblo, todo cabe.

Las fiestas del Centenar de la Virgen se acercan, y los valencianos apuran cuantos medios les sugiere su imaginacion para que dejen grata y profunda memoria. Apenas habrá clase que no se esfuerce en rivalizar con las otras, para salir airoosas de su empeño: en una ocasion parecida trataron, segun hemos oido, de vestir el Miguelete con ricas telas de la cabeza á los pies; en la presente, tratan los jardineros de decorar toda una plaza con las flores y plantas mas bellas de sus campos y jardines. Los tintoreros, por su parte, han acordado levantar un obelisco, en medio de otra plaza, con cuatro fuentes que arrojarán agua, teñida de diferentes colores.

La sociedad de cuartetos celebró el sábado 13 del corriente, en el Conservatorio, una sesion extraordinaria á beneficio de la Asociacion artístico-musical de socorros mútuos. En esta sesion se ejecutaron *Las siete palabras* de Haydn, precediendo á cada pieza musical la lectura de la meditacion correspondiente, á cuyo fin el distinguido poeta don Antonio Arnao habia compuesto la letra.

Dos libros ha publicado últimamente el editor don Alfonso Durán, que vienen á enriquecer el catálogo

de los que forman su biblioteca, acreditada con nombres como el de Campoamor, Alarcon, Palacio (don Manuel), Blasco, etc. Titúlase uno de ellos *Historia de un bocado de pan*, en el que, bajo la forma de cartas a una niña, el escritor francés, Juan Macé, explica en términos claros e inteligibles para los tiernos lectores a quienes se dirige, una de las funciones fisiológicas más importantes en la vida del hombre y de los animales, la historia de las diversas transformaciones porque pasan los alimentos desde que la mano se apodera de ellos, hasta que la incorporación de su sustancia a la economía se realiza y completa. En esta obra desaparece, como es de suponer, la nomenclatura técnica, suplida por el lenguaje familiar e ingeniosas imágenes, que facilitan de un modo notable el conocimiento del asunto. Una idea semejante ha presidido a la redacción del otro libro, *Cinco semanas en globo*, cuyo autor, Julio Verne, ha encontrado un buen intérprete en don Federico de la Vega. Las *Cinco semanas en globo* contienen la narración de los viajes de descubrimientos en Africa por los ingleses, redactada en vista de las notas del doctor Fergusson. En esta obra, lo mismo que en la anterior, se ve también el propósito de que los estudios científicos ocupen un puesto en la literatura, describiendo los países que han sido objeto de la observación y de los desvelos de los sabios, con la amenidad y agradable ligereza que tantos atractivos prestan a las obras de pura fantasía.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESTUDIO COMPARATIVO

DE LOS PRINCIPALES HISTORIADORES GRIEGOS Y ROMANOS.

(CONTINUACION.)

Así llegaron las noticias que los antiguos dieron acerca de Heródoto a los restauradores de los estudios clásicos en los siglos XIV y XV, y a pesar del servicio que en aquella época hizo Lorenzo Valla a la Europa Occidental con su traducción latina de este autor, que muy luego divulgó la imprenta, todavía se conservaba la idea de la mendacidad del autor de las *Musas*; pero ya los más eruditos empezaron a rechazar semejante error: Aldo Manucio, en la edición griega de 1502 y el editor de la mencionada traducción de Lorenzo Valla, en 1510, tratan de probar por los textos de los antiguos críticos la veracidad de Heródoto; y el diligente Joaquín Camerario, en un excelente juicio crítico inserto en la edición de H. Estéfano, de 1592, deshace minuciosamente todos los argumentos con que podía sostenerse la pretendida infidelidad histórica, siendo notable que, aun después de tantos esfuerzos por variar la opinión general, todavía se conservase ésta, como lo prueba el artículo sobre Heródoto de la *Bibliographia sacra et prophana*, impresa en Madrid en 1740, y se alegasen no solo la autoridad de Plutarco, de Tucídides y de un tal Elio Harpocracion que se dice escribió una obra de *falsitate historiae Herodoti*, sino también los hechos referentes al pueblo hebreo que Heródoto refiere desfigurados, sin duda por lo incomprendible de su religión para los paganos y la suma dificultad con que adquirió las noticias el ilustre viajero, cosas que nada tienen que ver con su buena fé, que no merecía por cierto ser despreciada hasta el punto de anteponer a su testimonio el de la poética historia de Ciro por Jenofonte. Es verdad que nada de esto dañaba a la reputación que en la parte literaria había adquirido Heródoto desde la antigüedad, pues al paso que el entusiasta Camerario cree que ningún otro historiador puede aventajarle y señala como sus dotes especiales la acertada elección de los hechos, la fluidez y ornato en el estilo, la claridad y precisión en las narraciones y la sencillez y extraordinario candor que manifiesta en toda la obra, otros se adhieren a los elogios de Cicerón y Quintiliano, y todos convienen en la naturalidad, elegancia y pureza de su dicción. Pero todavía sufrió otro ataque más violento la buena fé de nuestro historiador, cuando el háchta destructora y anti-histórica de Voltaire tomó como blanco de sus ataques burlescos aquellas ingenuas narraciones, que se escribieron para lectores más sencillos.

Nuestro siglo, por fin, con los adelantos de las teorías estéticas, con los profundos trabajos críticos que han esclarecido y fundado sobre sólidas bases el conocimiento de todas las literaturas y con el auxilio que los viajes y las ciencias secundarias han prestado a la historia, ha sabido apreciar todo lo que valen, no solo los inmensos sacrificios hechos por el padre de los historiadores para averiguar la multitud de hechos que refiere, sino el genio con que supo combinarlos y las bellas cualidades de su estilo: así el excelente traductor castellano, el P. Bartolomé Pou, consignó ya a fines del siglo pasado como las principales prendas de Heródoto la fidelidad, la prudente parsimonia en amontonar máximas y reflexiones morales, y un estilo flui-

do, claro, vario y ameno, sin afectación ni aspereza, lamentando sólo en él la monotonía producida por las frecuentes recapitulaciones: M. Amadeo Duquesnel distingue en Heródoto el elemento histórico del poético, hallándole en cuanto al primero fiel narrador de lo que entonces se sabía sobre el Oriente, y en cuanto a lo segundo comparable a Homero por el plan y las cualidades de la exposición: M. Petitot (10) le defiende de la nota de falsario, del desorden aparente en el plan y de la falta de fin uniforme y moral: M. Villemain (11) le considera intraducible por la gracia inexplicable de su estilo primitivo, que es imposible reproducir en nuestros tiempos: y en fin, todos los más notables expositores de la literatura griega convienen en reconocer, no sólo las cualidades apreciables de la dicción, sino también el poder del genio y las simpáticas dotes del alma de Heródoto.

Respecto a Tucídides fue siempre menor la discordancia de pareceres, como arrastrados universalmente los lectores por la superioridad de su pensamiento y agobiados, sin embargo, por el trabajo de descubrirle bajo su frase trabajada. Así, entre los antiguos vemos que Dionisio de Halicarnaso (12) alaba su concisión y profundidad, su brillantez, su vehemencia, su grandiosidad y gravedad y la propiedad con que representa los afectos del ánimo, aunque se aviene mal con la oscuridad que dice desluce el mérito de su estilo conciso. Cicerón (13) reconoce en él las mismas prendas y alaba también la elocuencia de sus discursos; pero dice que en esto no puede servir de modelo al orador forense, ya por la aspereza de su estilo, ya por la oscuridad de sus sentencias (14); Quintiliano (15), oponiéndole a Heródoto, le halla conciso, breve, vehemente y que sobresale en las arengas: Marcelino, en la *Vida de Tucídides*, hace un juicio más completo que todos los anteriores, si no es el de Dionisio de Halicarnaso, y no menos atinado; califica su estilo de sublime, mientras que el de Heródoto es medio y el de Jenofonte sencillo; estudiando su estructura íntima, le halla alicionado a la antítesis y al hipérbaton, conciso y a veces oscuro, lo que atribuye al designio de hacerse inteligible sólo para los sabios, para lo cual se vale de la concentración del pensamiento y la libertad de inversiones; le califica de admirable en los retratos y pinturas de costumbres y de sucesos, rápido en la narración; observa que emplea mucho las figuras de dicción y poco las de pensamiento; dice, en fin, que la dicción de Tucídides es áspera, grave escarpada de hipérbatos, a veces oscura, su brevedad admirable y sus palabras de múltiples sentidos. Después de estos juicios tan detallados y tan exactos, significan poco los breves rasgos que pudiéramos citar de otros escritores griegos; pero si debemos mencionar al retórico Hermógenes (16), que opina que Tucídides procura la amplitud y la consigue, pero no la grandeza que parece desea, y que atendiendo a la gravedad, se hace áspero y oscuro, y calculando ante todo la armonía, cae en el demasiado estudio y el choque de palabras, de modo que se hace duro y recae en mayor oscuridad; pero que es el primer escritor en la dignidad y en la profundidad de las sentencias, juicio que, como se ve, no es más que la exageración de los artificios propios del estilo de Tucídides.

No se diferencia mucho lo que la crítica moderna nos suministra respecto a este escritor, de lo que nos dicen los antiguos. El traductor español Diego Gracian, dice que *escogió para traducir aquella historia, no solamente por el autor della ser antiquísimo... como por la profundidad y excelencia de las oraciones y razonamientos de que está llena, y que ningún historiador de cuantos habían sido se le igualó en escribir las deliberaciones, hechos y consejos, y los acontecimientos y casos, guardando aquella polidez y conveniencia que pertenece a los lugares y tiempos, etc* Vosio (17) le cuenta entre los historiadores que merecen más fé, y en cuanto al mérito de su dicción suscribe al parecer de Cicerón, Quintiliano, Dionisio de Halicarnaso y Marcelino. En nuestros tiempos, reconociendo todos los críticos la elevación de estilo y de pensamiento y la grandiosidad propia de Tucídides, se ha generalizado su carácter en relación con el desenvolvimiento íntimo del arte histórico y se le ha declarado en casi idénticos términos por Ficker y por Fed. Schegel, el creador de la forma puramente racional de escribir la historia, siendo sus caracteres distintivos la intercalación de discursos en que se manifiestan las causas de los sucesos, la exposición casi poética de los combates y hechos notables y la nobleza de una prosa exquisitamente limada; se ha estudiado profundamente su lenguaje y se ha visto que la oscuridad que empezaba a reprendérselo tres siglos después de escrita la obra, y que aun hoy, por decirlo así, achacaba Fed.

- (10) Véase Dassance, Cours de litterature ancienne et moderne.
 (11) Litterature ancienne et étrangere.
 (12) Πρὸς Γραβόν Πομπήιον ἐπιστολή. — Ἐπιστολή πρὸς Ἀμμαβίον δευτέρα. — Περὶ τοῦ Θουκυδίδου χαρακτήρος.
 (13) Orat., 12; De Orat., II, 13 y 22; Brutus, 7.
 (14) Brut., 85; Orat., 9.
 (15) Inst. Orat., X, 1.
 (16) Περὶ ἰδίων, lib. 2.^o
 (17) De historicis graecis.

Schlegel a causas imaginarias, cede tanto ante la perseverancia y el estudio, que apenas hay motivo para echarle la culpa de un defecto que está más en los lectores (18); se ha observado que su sistema está basado únicamente en el conocimiento profundo del corazón y de la libertad humana (19); y se ha hecho, en fin, un análisis minucioso de las cualidades de su estilo, desenvolviendo y poniendo aun más en relieve los rasgos recogidos por Marcelino (20).

Vemos, pues, que la reputación de Tucídides parece que está en proporción de lo que se le estudia y que, efectivamente, consiguió dejar un monumento admirable para todos los siglos. Al recorrer la lista de los elogios de Jenofonte, me parece, por el contrario, ver a la antigüedad más complaciente con él que a los lectores modernos; y es que para nosotros se ha perdido en gran parte aquel barniz que daba una fisonomía tan agradable al estilo de los más puros escritores áticos, y que hizo decir de Jenofonte que *su estilo era más dulce que la miel y que las Musas ó las Gracias habían hablado por su boca* (21). Todavía los Romanos, acostumbrados a la armonía de una prosodia semejante a la griega y educados por los descendientes de aquellos ingenios que immortalizaron el siglo de Pericles, comprendían todo el encanto de la frase de Jenofonte y consiguieron en sus obras insignes elogios: Cicerón y Quintiliano recuerdan aquellos dichos proverbiales con que se calificaba su estilo, que el primero dice no ser propio para formar al orador por carecer de vehemencia en medio de su dulzura (22) y no tener la fuerza y agudeza que se requiere para persuadir, mientras que Quintiliano, sin comparar la dicción de Jenofonte con la que se requiere en ningún otro género de afectación podría conseguir. Muchos autores le propusieron por modelo del estilo tenue, entre ellos Dionisio de Halicarnaso (23 y Marcelino (24), a lo que añadía Elio Aristides los epítetos de elegantísimo y verdaderamente ático (25), y Luciano (26) el de escritor probo y sin tacha (*δικαίον συγγραφέα*)! y no le faltó tampoco quien enumerara detenidamente los méritos de sus escritos y de su dicción, pues uno de los más elocuentes maestros que con el nombre de sofistas propagaban el gusto a las letras griegas en el Imperio Romano, Dion Crisóstomo, en su discurso sobre el ejercicio de la palabra (27), recomienda la lectura de Jenofonte como el autor más a propósito para formar al hombre de Estado, al militar, al orador popular y político; *pues, tiene, dice, consejos claros y sencillos, comprensibles para todos, una especie de narración blanda, grata y verosímil, que tiene mucha probabilidad, mucha gracia é ímpetu, de modo que, no solo imita la vehemencia del orador, sino también el encanto del poeta*; y la admiración de Dion llega hasta asegurar, que en la *Anabasis* se encuentran oraciones que imitar en todas las circunstancias de la vida pública, y que muchas de las que tienen por objeto el consuelo de los ánimos consternados, le hacían derramar lágrimas cada vez que las leía.

(Se continuará.)

E. M. FERNANDEZ Y CANTERO.

EL CANTO DE TINIEBLAS

EN LA CAPILLA SIXTINA.

Después de tanto como se ha escrito sobre el ceremonial de la Semana Santa en Roma, parece que nada resta que decir de nuevo sobre esa augusta solemnidad que atrae siempre millares de viajeros, movidos unos por la curiosidad y otros por la devoción que naturalmente inspira el triste aniversario de la muerte del Salvador del mundo, realizado con toda la pompa que la capital del orbe católico suele imprimir a todos sus actos. Pero no sucede así, esto es, no se trata de una materia totalmente agotada, sino que por el contrario, ofrece siempre, en fuerza de la grandiosidad dramática de su objeto, una novedad creciente que afecta al corazón en su más delicada fibra, cuando la incredulidad ó la ignorancia no le han hecho insensible: el sacrificio cruento del Calvario será, pues, inolvidable en los fastos de la humanidad, sobre cuyo porvenir no cesa de destilar gota a gota durante diez y nueve siglos ese rocío redentor destinado a purificar las sociedades y a santificar la moral del universo, abriendo a sus aspiraciones ese horizonte inmortal que sonríe a la penetración del espíritu vivificado por la esperanza intuitiva alentada por la caridad, y que no se explica sino por la fé, eco del corazón que palpita por otra vida imperecedera.

Por nuestra parte, deseando en este caso pagar un ligero tributo a las creencias en cuyo seno hemos na-

- (18) Véase el artículo de Firmin Didot sobre Tucídides, en la obra citada de Dassance.
 (19) M. Amedée Duquesnel.
 (20) Traducción francesa de Tucídides por M. Zevort.
 (21) Cicerón, Quintiliano, Diógenes Laercio.
 (22) De Orat., II., 14; Orat., 9 y 21.
 (23) Τέχνη, κεφ 6'. Μέθοδος γαμπλίων.
 (24) Περὶ τοῦ Θουκυδίδου βίου.
 (25) Περὶ ἀφέλους λόγου, lib. 2.^o
 (26) Πὼς δεῖ ιστορίαν συγγράφειν.
 (27) Orat. VIII, περὶ λόγου ἀσπίσεως.

cido, y precisamente en esta época destinada á la conmemoración de ese gran suceso que ha quedado solemnemente grabado en las generaciones al través de los siglos, reproducimos á continuación el relato de la solemnidad que mas profundamente pudo impresionar á un corazón accesible á las sensaciones de que es objeto, y que así se explica.

I.

«La Semana Santa en Roma!

«La Semana Santa en Jerusalem!

«Hé aquí dos grandes sucesos que concentrarán todo mi deseo, cuya realización ha llenado mis ansias con una vehemencia indecible, como una necesidad indeclinable, en la cual la inquietud de la conciencia misma ha reclamado esa solución destinada tal vez á matar la duda, cáncer doloroso del alma.

«La primera parte se ha cumplido ya: la Semana Santa en Roma vive en mi imaginación, mejor diré, arde en mi alma, su recuerdo enérgico, con todo el grande artificio moral y material que rodea su pompa, correspondiente al terrible drama que recuerda.

«Hospedado modestamente en la Tratoria Lepri, en la via Condotti, en ese establecimiento al cual parecen haberse dado cita todos los artistas que de cualquier punto del mundo se dirigen á la ciudad de los Césares y de los Pontífices, tuve mas de una ocasión de recorrer sus barrios en compañía de doctos *cicerones* á quienes debo lecciones instructivas, no del todo inútiles para el literato, y á cuya circunstancia feliz debo en gran parte el fruto de mi viaje de tan poco tiempo, precisamente tratándose de esa universal metrópoli, de la cual ha dicho no sin razón un escritor moderno citando á otro antiguo, que es como el Océano, sin fondo ni límite en cuanto en si contiene.

II.

«El Viernes Santo me levanté muy temprano, tras de una noche de insomnio, en la cual me había retirado hácia la madrugada, despues de haberme confundido maquinalmente, y no sé si por devoción, entre la muchedumbre de todas condiciones, edades y sexos que iba y venia, hormigueando en grupos irregulares por dóquier, de iglesia en iglesia, rezando las estaciones y agitando en sordos murmullos, lo cual, dicho sea de paso, desdecía visiblemente del duelo que motivara aquel cortejo irreverente.

«Solo y como al acaso me propuse recorrer una parte cualquiera de la ciudad, con tal que ofreciese á mi curiosidad la satisfacción de un estímulo, que era el tema obligado de mi viaje.

«Amanecía ya, mejor diré, era la hora del crepúsculo, que me permitía distinguir los objetos y apreciar sus formas.

«Por dó quier la multitud, es decir, los hombres en su mayor parte embozados en lenguas capas y cubiertos con su gran sombrero piramidal-truncado, de ancha ala, que me revelaba el traje clásico transiberino; las mujeres vestidas de rigoroso luto, con el velo echado al rostro y llevando muchas de allas velas verdes ó amarillas, con su andar mas grave y devoto, otras desenvuelto, todas graciosas y elegantes... y en medio de aquel abigarramiento de clases, categorías, sexos y edades solian deslizarse largas filas de penitentes, de monges y cofradías, aturdiendo con sus rezos, sus flagelaciones y gemidos, que ofrecían un notable contraste con el resto de aquellas turbas procesionales tan variadas.

«Detrás, á una distancia respetable y presidida por un alto personaje de la prelatura romana, venia la congregación de San Felipe Neri seguida de una multitud de peregrinos, descalzados, procedentes de todos los países, y albergados durante los tres días del miércoles, jueves y viernes en el hospicio de la Trinidad de los Peregrinos, situado en la plaza de este nombre junto al puente Sixto.

«Los dragones pontificios y las tropas francesas patrullaban indistintamente por las calles, garantizando la seguridad y el orden y dando variedad al cuadro con sus vistosos uniformes y su armamento brillante, enlutado con crespones y cintas negras.

III.

«La multitud no seguía una sola ruta, sino que se diseminaba como al acaso, ramificándose indistintamente y siguiendo un orden distinto de dirección. Yo continué medio incorporado á aquella innumerable procesión de peregrinos cosmopolitas, que siguió hasta la pequeña iglesia de *Santa María del Pianto*, situada á la estreñidad del Ghetto y no lejos de la Pescadería.

«El Ghetto es el barrio de la Judería, cuyas puertas de hierro, que le incomunicaban durante la noche con el resto de la población, mandó arrancar Pio IX á poco á poco de su exaltación al trono. Hállase situado sobre un terreno de aluvion, en una de las regiones mas insalubres de Roma, y sus calles son estrechas, sombrías y cenagosas, como las de un barrio apestado, en cuyo recinto viven, ó por mejor decir, vegetan 4,500 is-

raelitas, de rostro pálido y enfermizo, cubiertos de harapos en su mayor parte, y bajo cuyo miserable aspecto hay quien asegura que se ocultan joyas, alhajas y tesoros incalculables en cuantía. Sobre ese mismo terreno que la policía urbana de los tiempos gentílicos, ó mas humanitaria ó previsor que la de la actualidad, preservara de esas plagas que hoy la afligen, alzáronse los célebres Pórticos frumentarios de Minutio, destinados á socorrer las necesidades de la plebe.

«De allí marchó la comitiva, y yo volví á seguirla, atravesando aquel laberinto de callejas llenas de inmundicia y lodo, y en las cuales solíamos sorprender turbas de harapientos muchachos que huían á esconderse al vernos, y á algunas mujeres de facciones pálidas, pobremente vestidas, que nos miraban pasar con indiferencia ó con desprecio. Por fin, seguimos una calle, la última, no tan sucia como las otras, ocupada por mercaderes de ropas, cuyas muestras habían tenido buen cuidado de retirar el día anterior, mientras que sus dueños, sentados sobre los mostradores, veíanos pasar, impávido el semblante y cruzados de brazos, con la indolencia clásica de la incredulidad que insulta bajo un aspecto hipócritamente inofensivo.

IV.

«Al estremo de aquella calle, precisamente al frente de ella; hállase la iglesia de *Sant' Angelo in Pescheria*, inmediata al puente de *Quatre Capi*, antes *Pons Fabricius*, y en el mismo punto que en otros tiempos se alzaba el célebre pórtico monumental de Octavia.

«Sobre el frontal de la puerta de dicha iglesia y dando vista á la citada calle, veíase un gran Crucifijo de talla con esta inscripción en caracteres gruesos, en idioma hebreo y latino:

EXPANDI MANUS MEAS TOTA DIE AD POPULUM INCREDULUM.

«Confieso que aquella sorpresa me impuso. Parecióme oír la voz de Isaías pronunciando ese versículo, que encierra la mas sublime reconvencción de un Dios mártir hácia sus hijos.

«ME NON CREDENTEM ET CONTRADICENTEM,» murmuré yo completando el texto del Profeta.

«Los habitantes del Ghetto no pueden salir de él, sin dar de frente con aquel Crucifijo y con aquella doble inscripción lanzada directamente contra el corazón empedernido de su raza.

V.

«Bajo un cúmulo de impresiones diversas, poseído el corazón de una tristeza entusiasta y casi sobrecogido por la presión de las circunstancias, me abandoné á la meditación... y oré como nunca había orado desde mis sueños de inocencia, en aquella tierna edad que hace del hombre un ángel encarnado en este vaso de barro tan miserable y frágil.»

VI.

«Faltábame asistir á otra ceremonia que creía yo estaba destinada á poner el sello á mi resolución moral tan pronunciada. Iba á asistir al oficio de tinieblas por la tarde en la capilla Sixtina, ó como dicen los italianos en su dulce idioma: *Uffizio di lutto é come la rappresentazione dei funerali del Redentore*.

«Para ir á San Pedro quise seguir lo que se llama la *via ó la strada papal*, que es el trayecto que media desde el Quirinal al Vaticano, y que yo no había tenido ocasión de recorrer todavía.

Constituido á este fin en la plaza del primer nombre, junto al obelisco, seguí sucesivamente la via del Quirinal, de *delle tre Canelle*, plaza *dei Santi Apostoli*, via *San Romoaldo*, frente al palacio Colonna, y atravesando el Corso, continué por las vias del *Gesú*, *des Cesarini*, *Argentina*, pasando junto á la iglesia de *Sant' Andrea della Valle* por la via del mismo nombre, y despues por las *delle Colonne*, *dei Massimi*, *San Pantaleo*, *del Governo vecchio*, *dei Banchi nuovi* y *della Banca Santo Spirito*, hasta que llegué al gran pórtico.

«La plaza de San Pedro podría contener por lo menos diez mil personas resueltas á entrar á oír los oficios en la capilla Sixtina, y que sin embargo, apenas podrá contener cómodamente de quinientas á seiscientas.

«Separé mi vista de aquel tumultuoso oleaje, de aquel ondulante mar de cabezas humanas que hormigueaban inquietas, y que observadas á vista de pájaro, formaban un pintoresco espectáculo; distraje el oído de aquel desconcierto de vociferaciones inquietas, indigna profanación de un gran día, para contraerme todo entero con mis sentidos y potencias al interior de la gran Basílica envuelta en una semi-oscuridad imponente, en la cual penetré como poseído de un santo terror inexplicable.

VII.

«La capilla donde iban á celebrarse los Oficios, estaba despojada del lujo fastuoso que suele adornarla;

por do quier el duelo, el luto, la tristeza y un funeral silencio envolvían aquel augusto recinto donde todo era grande y hablaba al alma un lenguaje sobre humano y misterioso.

«El trono pontificio no tenía dosel, los bancos de los cardenales aparecían desnudos, y las tribunas blasonadas de los príncipes, de las embajadas, de la nobleza y de la prelatura, mirábanse despojadas de sus pabellones y cortinajes de terciopelo y tisú con galones y franjas de oro y hasta de los escudos heráldicos que las distinguieran, ó por lo menos veladas con crespon violado. El pavimento tampoco tenía el riquísimo tapiz verde que suele cubrirlo; velas amarillas alumbraban apenas algun que otro retablo ó nicho, y en fin, allá, en último término, como un punto piramidal perdido en aquel dudoso crepúsculo, alzábase sobre el altar la gran Cruz velada por un crespon negro, estendiendo sus descarnados brazos en aquel sitio augusto, desolado y triste.

«Seis cirios verdes alumbraban el ara, mezclando su ténue claridad con las luces pálidas también del tenebrario, como astros fantásticos y vacilantes en aquel limbo oscuro en que se representaban los funerales de Dios muerto por su amor al hombre.

VIII.

«Mientras tanto, el gentío invadía ya en tumulto la capilla, empujándose, estrujándose y recriminándose sin muramiento á la santidad del sitio ni á la solemnidad de que se trataba, y sin que la fuerza armada colocada en dos filas en el centro á lo largo del santuario bastara á mantener el orden y compostura debidos.

«Empezó el oficio, que puede decirse es una elegía continua y sublime, un grito doloroso y tierno que exhala la contricción de un pueblo herido en su sensibilidad por la voz de un Dios moribundo, que lanza sobre ese mismo pueblo, ingrato un día, un llamamiento de perdón y de gracia desde la cumbre ignominiosa del Gólgota.

«La antifona *Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam misserunt sortem*, sonó en mi oído en un tono tan grave, tan patético, que conmovió el alma, á medida que parecía ir creciendo gradualmente hasta la entonación del Salmo *Deus, Deus, meus, ¿guare me dereliquisti?* La orquesta hacia vibrar sus notas enérgicas, íntimas y elocuentes, eco al parecer de las palabras de un Dios mártir desamparado en medio de la mas dolorosa agonía, haciendo palpar los corazones poseídos de un santo terror.

«Pero aun no es eso todo: las luces disminuyen lentamente, se estinguen y desaparecen; aumenta la oscuridad, envolviendo el gran templo en un tenebroso crepúsculo: el canto patético de las lamentaciones *del Benedictus* y *del Miserere* de *Allegri* viene á aumentar mas aun la enérgica impresión de la escena, acompañado del numerosísimo instrumental de la capilla, y á que responde un formidable coro de cien voces, produciendo un efecto asombroso é indescriptible.

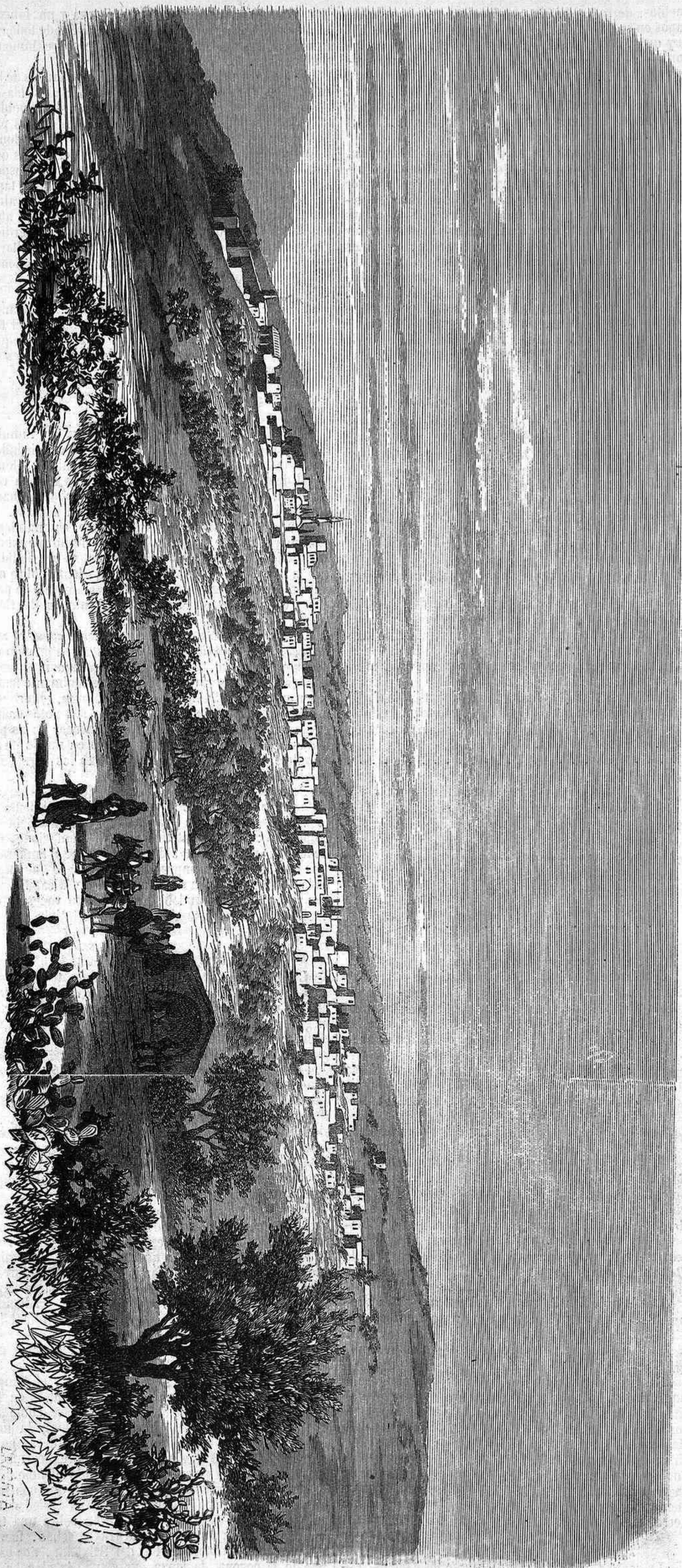
«Las pinturas que decoran el santuario, toda esa milicia aérea, flotante, por decirlo así, en una atmósfera diáfana y confusa, ese numeroso ejército de patriarcas, vírgenes, profetas y levitas del Antiguo Testamento, de sibilas y ángeles alados, santos y emblemas místicos que pueblan el horizonte imaginario, al cual la oscuridad prestaba una especie de realidad fantástica; toda aquella variada multitud, destacándose como en relieve sobre el fondo mágico de aquel recinto, prestábase á la ilusión de los sentidos con toda la propiedad del delirio, cerniéndose, al parecer, creciendo y multiplicándose, tomando formas corpóreas y actitudes diversas, confundiendo sus grupos llenos de vida con las figuras graves de los santos y de las innumerables almas que flotaban también en segundo término, representando la dramática escena del Juicio final, ese poema terrible de la última hora del mundo, que con tan vivos colores ha trazado el pincel creador de Miguel Angel. Todo aquel conjunto parecíame que tomaba vida y adquiría proporciones estrañas, lanzando gritos amenazadores ó tristes, exclamaciones ó blasfemias, risas ó llantos, ayes de desesperación ó cantos de gloria, etc., traducidos por las notas variadas de esa melodía sentimental y lúgubre que subleva el alma y la contrista.

«Por fin, todo fué descendiendo gradualmente con las últimas estrofas; las luces del tenebrario, las del altar y las de los nichos se estinguieron, y el templo quedó sumergido en tinieblas: la voz doliente de los cantores y de los instrumentos apagábase como un eco lejano y moribundo, como una prolongada nota fugitiva, como un gemido que iba á perderse en el sagrado ámbito al través de aquella lobreguez misteriosa, sumergida ya en el mas profundo silencio.

«Faltaba todavía otro golpe de efecto que contrastara con ese mismo silencio y con esa ansiedad tan profunda: dos canónigos aparecieron sobre una tribuna, y á la luz de un cirio de tres mechas, fueron mostrando al auditorio la *Faz del Salvador*, dos espinas de la corona, la lanza, un clavo, la plancha de la Cruz ó tabla de madera negruzca, con la triple ins-



VISTA GENERAL DE NAZARETH.



cripcion hebrea, griega y latina, *hebraice, griecce e latine*, reproducida en caracteres visibles, en esta forma: ER SUNFRAZAN, anagrama de NAZARENUS RE, con otras muchas reliquias que desde la mañana habian estado espuestas á la adoracion pública en la basilica de Santa Cruz en Jerusalem.

Poco despues, las puertas del gran templo se abrieron, el inmenso gentío salió desordenadamente de la capilla y yo salí tambien, no sé cuando, protegido por la guardia papal, escoltado por los dragones suizos que, con el arma á la fune- rala, seguian ocupando en dos filas paralelas el centro, para dar tregua á las emociones que me agitaron durante todo aquel dia para mí tan memorable y santo.»

JOSE PASTOR DE LA ROCA.

NAZARETH.

El viajero que recorre la Palestina apenas encuentra una colina, valle, torrente, fuente, ciudad ni aldea que no haya sido residencia de algun personaje conocido, ó teatro de algun acontecimiento relacionado con la historia de la Iglesia de Jesucristo. Cada punto por pequeño que sea trae á nuestra memoria mil recuerdos sagrados. Por esta razon el viajero que pasa por allí, visita casi cada hora alguna localidad sagrada. Asi, por ejemplo, un dia sale á caballo por la parte Sur de Jerusalem, despues de dejar la ciudad por la antigua torre judía en la puerta de Jaffa, cruza la llanura de Rephadim, pasa al lado de la tumba de Raquel, visita á Bethlehem, bebe agua en la piscina de Salomon, se detiene en el campo de Mambré, y por la fuente de Abraham vuelve hácia los viñedos de Eshcol y termina en el Hebron.

De todos los caminos de la Tierra Santa el mas notable es el de Jerusalem á Nazareth, que atraviesa todo el pais que fue el teatro de los sucesos de la Sagrada Escritura. Ninguna parte de la Palestina, sin embargo, presenta un aspecto de desolada grandeza que cause mas impresion que estos distritos montañosos de Samaria y de Galilea. En las tres jornadas que hay de Jerusalem á Nazareth, todo el panorama de la Biblia se desarrolla, por decirlo asi, desde el punto donde el hijo de Jacob fue vendido por sus hermanos hasta Nain, donde el divino Salvador le devolvió á la viuda su hijo. Desde allí, cruzando la llanura y subiendo las colinas de Galilea que se levantan bruscamente del llano, el viajero descubre las blancas casas de la ciudad, que yace en una especie de nido verde en estas colinas aisladas, y á la que dan el nombre de Ciudad Blanca ó Flor de Galilea. Una jornada por el moderno Nazareth hay que hacerla, sin embargo, por bazares estrechos y llenos de gente, y por callejuelas sucias, hasta que mas allá de los arrabales se ven los árboles de un venerable bosquecillo de olivos donde están plantadas las tiendas.

El lugar sagrado de la Anunciaci3n pertenece: los griegos que le ocupa su iglesia, que está en un extremo de la ciudad, y los latinos á su vez sostienen que está en la suya, que se halla al otro extremo. El convento de los franciscanos ocupa el sitio que ocupaba la casa de la Virgen. Los alrededores de la ciudad son muy hermosos, y tienen una multitud de granados, olivos y viñas, que los dan sombra con su hermoso, pero oscuro follaje. La poblacion cuenta unas 3,000 almas, y aunque es pobre y miserable en muchos conceptos, sus tradiciones la hacen muy interesante en la Tierra Santa. Además del convento y de las iglesias hay un khan y una mezquita. A corta distancia de la ciudad existe una capilla edificada sobre el sitio que se dice que ocupaba el taller de San José, y la fuente de la Virgen está á unos 500 pasos de distancia, donde hubo en otro tiempo una iglesia dedicada al arcángel San Gabriel. El manantial de la fuente se halla dentro del convento griego.

La mesa de Nuestro Señor, á la que se sentó muchas veces con sus discípulos, segun se dice, se manifiesta en el convento de los franciscanos. El grabado que damos con este artículo representa la vista general de la ciudad.

R.

TIPOS ESPAÑOLES.

EL ARRIERO CATALAN.

No hace aun muchos años que la arriería daba en España ocupacion á multitud de personas que tenian por oficio la conduccion de viajeros, encargos particulares, correspondencia en muchos puntos, y además, del tráfico mercantil, principalmente á pequeñas distancias entre las pobla-



TIPOS ESPAÑOLES.—ARRIERO CATALAN. (DIBUJO REMITIDO POR DON JOAQUIN VAYREDA.)

ciones del campo y las capitales. El establecimiento de diligencias, la construcción de carreteras, ferrocarriles y caminos vecinales, que tanto impulso ha recibido de algunos años á esta parte, facilitando las comunicaciones y abaratando el precio de los portes, han ido reduciendo extraordinariamente el número de arrieros, que en cada provincia formaban un tipo especial. Uno de los grabados adjuntos, original de don Joaquin Vayreda, representa al arriero catalan tal como lo vemos hoy día, y cuyo traje se conserva sin notable alteración en su tradicional aspecto.

ARQUEOLOGIA SAGRADA.

LAS LLAVES DE SAN PEDRO.

La representación de San Pedro con dos llaves en la mano, aunque no se funda en ningún hecho material, pueden continuar reproduciéndola los que se dedican á las bellas artes, apoyados en lo que dice San Mateo en el cap. XVI de su Evangelio.

En efecto, léese en él, que habiendo llegado Jesús con sus discípulos al territorio de Cesárea de Filipo, y preguntado quién era el Hijo del Hombre, contestóle Simon Pedro:

«Tú eres el Cristo ó Mesías, el Hijo de Dios vivo.»

»Jesús, al oír tan solemne y espontánea confesión, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan etc. »Yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas ó poder del infierno no prevalecerán, ni dominarán contra ella.

»Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos.

Et tibi dabo claves regni cælorum.

»Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos: así como todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos.»

Y sin embargo de que la entrega material de las

llaves no la hizo nunca Jesucristo, parece, según opinión de graves escritores, que el cumplimiento de esta promesa se realizó cuando después de resucitado se apareció el Señor á San Pedro y á los discípulos, á la orilla del mar de Tiberiades, pues allí confirió á Simon Pedro el Sumo Pontificado y la primacía sobre los demás apóstoles, al encargarle que apacentara sus corderos, que cuidara de sus ovejas.

Pasce agnos meos: pasce oves meas.
S. Juan, cap. XXI.

En cuanto á figurar las llaves de San Pedro una de oro y otra de plata, se refiere la primera á la suprema y sublime potestad de perdonar y absolver, y la otra ó de plata, como de materia mas inferior, indica el derecho de ligar, condenar ó excomulgar.

Pero al figurar las llaves en la mano de San Pedro revestido con el traje propio, creemos que el artista debiera dar á esta representación alegórica el carácter especial que la distingue, pintando las llaves bajo una forma diferente de lo que comunmente suele hacerse, para lo cual pudiera consultar entre varias obras de arqueología, las láminas LIV y LV del tomo III parte I. de *L'Antiquité expliquée*, por el Padre Montfaucon.

V. JOAQUIN BASTÚS.

EL CALVARIO.

Todo es sombra, todo duelo:
se escuchan ayes perdidos
resonando confundidos
por las bóvedas del cielo.
Asoma el sol con recelo
mostrando cárdena luz;
y entre el lóbrego capuz
que ennegrece el horizonte,
se ve á lo lejos un monte
y sobre el monte una cruz.

Cálido el viento desmedra
la flor que en el campo brota;
al dar un paso se nota
ancha abertura en la piedra;
con vago clamor arredra
del mundo el eco doliente;
y ciega va la serpiente
hondo agujero buscando,
retorciéndose y silbando
aterrada é impotente.

Sepulcros, muertos, visiones,
horror de la fantasía;
sombras que envuelven al día
en descompuestos girones;
desgarrados pabellones
que velan la destrucción;
esos los adornos son
de esta morada desierta,
y el cielo negra cubierta
de un inmenso panteón.

Mirad: en el leño brilla
un rostro humano doliente;
sangre corre por su frente,
sangre inunda su mejilla;
no por culpa ni mancilla
se le inmola en sacrificio,
su crimen fue el beneficio
de libertar nuestras almas;
ayer le ofrecieron palmas
y hoy le veis en un suplicio!

Levanta, raza homicida;
recoge ya ese sudario;
ve esa Cruz; en el Calvario
está el trono de la vida.
De hoy tu historia fementida
guardará nefandos nombres;
hora es ya de que te asombres
de tu impotente furor:
la tumba del Salvador
es la cuna de los hombres.

¿Qué importa que Cristo sea
sobre las rocas herido?
¿Qué hará ese imperio temido
de su famélica tea?
Ya sobre el Gólgota ondea
el estandarte cristiano;
y unida al mundo pagano
rodará con su mancilla
teñida en sangre la silla
del pontífice romano.

El sol en los hemisferios
nuevos torrentes desata;
el arte campos de plata
conquista en nuevos imperios;
entre sublimes misterios
envuelta el alma se ve;
y poniendo el hombre el pie
de otro mundo en el umbral,
alza inmenso pedestal
á la estatua de la Fe.

Pueblo bárbaro y cruel,
que ayer tus palmas bañás;
son verdad las profecías
y los sueños de Daniel.
Tú vagarás en tropel
con el oprobio en la frente;
y ante el recuerdo doliente
de que el cristiano se aflige,
no habrá hogar que te cobije,
ni tierra que te sustente.

Los ídolos ya cayeron;
la mentira sepultaron;
amor y piedad brotaron
donde crueldades hubieron;
los falsos dioses huyeron
con sus lúbricas vestales;
y borrando las señales
de sus impuras ruinas,
abren sus puertas divinas
las sagradas catedrales.

Alza, cristiano, la frente,
del universo señora;
que ya ha nacido tu aurora
bañando en luz el Oriente.
Del mal el rudo torrente
huirá con rápido vuelo;
y abriéndose el ancho velo
que oculta al Ser sin segundo,
habrá esperanza en el mundo
y eternidad en el cielo.

Acércate de Sion
á ese lecho funerario;
ven y reza en el Calvario
con profunda devoción;
ve la Cruz de redención
que no te deja perderte;
y nunca olvide tu suerte
de la tierra en la partida,
que está el árbol de la vida
en esa Cruz de la muerte.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

LA TEMPESTAD.

El humano que llora
Oye en la tempestad lúgubre acento,
Traída por el viento
Una voz gemidora
Modula quejumbrosa su lamento.
El viejo campanario
Canta al Señor y ensalza su grandeza,
Y el árbol centenario
Relata con tristeza
De sus floridos años la belleza.
En el hogar sentados
Muchos recuerdan, de pesar henchidos,
Los seres adorados
Que de la muerte heridos
Acabaron su herencia de gemidos.
La madre cariñosa
Sueña del hijo muerto la ternura,
La mirada amorosa,
Y con sueños procura
Alejar de su alma la tortura.
De su patria lejano
El marinero errante la venera,
Y el tembloroso anciano
Que su muerte ya espera,
Recuerda su florida primavera.
Las ciudades dormidas
Semejan á las tumbas apiñadas,
Y las aguas crecidas
Corriendo desaladas
Forman rios, torrentes y cascadas.
Arrancadas las flores
Alfombran con sus hojas la maleza,
Y asustados pastores
Recogen con presteza
En sus chozas, su rústica riqueza.
Mas suena el bronce santo
Y dice al alma con sonar sombrío:
—Al rezo ceda el llanto,
Yo la voz del Señor, hoy os envío;
El huracán convertirá en rocío.

ANTONIO LLABERÍA.

MELODIAS.

LO MAS TRISTE DE LA VIDA.

—Lo mas triste de la vida no son las horas amargas.
—Lo mas triste de la vida no son los días sin sol.
—Lo mas triste de la vida no es el ser huérfano y pobre.
—Lo mas triste de la vida no es la ingratitude que destroza el alma.
—Lo mas triste de la vida no es la muerte ¡no!
—Lo triste de la vida, es ver un corazón en donde arden todos los fuegos impuros y los deberes yacen derribados; sin que entre esas ruinas del honor humano brote una flor divina, ninguna esperanza consoladora.

¡AMOR ETERNO!

Era mas hermosa que el sol de mayo al amanecer sobre la tierra, palpitante de amor y juventud. Pero su gloria pasó como las flores; después de haber desperdado el amor á su paso por la vida, murió cuando mas sueños de ventura hacia forjar al corazón de oro.
¡Ah! decidme, ¿cómo es posible que amor de un día arraigase tanto en la joven alma?... El arbolito fue arrancado por la muerte, mas no pudo arrebatar al corazón de oro las raíces de su amor, que se quedó allí para siempre.

Es verdad que la niña merecía todo el honor: era mas hermosa que el sol de mayo al amanecer sobre la tierra, palpitante de amor y juventud; pero su gloria pasó como las flores... Ahora, duerme en el hermoso cementerio, á donde van á visitarla cada tarde los queridos de su corazón.

LEVANTAD EL CORAZON.

Si en la vida os veis tristes y afligidos, levantad el corazón.

Si os veis pobres y desnudos, reducidos á mendigar el pan de cada día, levantad el corazón.

Si el placer os tienta con sus goces, libertaos del placer; levantad el corazón.

Cuando los vivos os abandonen, y os quedeis solos en la tierra, muertos ya los seres queridos, levantad aun el corazón.

Los días de la vida pasan mas pronto que las flores del campo; y si en la última hora conservais alto el corazón, el Señor estará con vosotros: el Señor, que en la vida es fortaleza, en la muerte es el Salvador glorioso.

REBECA.

¿Cuál fue la alegría del Patriarca y la de Isaac, su amado hijo, cuando al cabo de los días vieron venir á su siervo!

En las puertas de las tiendas se quemó incienso, y se oyeron gritos de júbilo en honor de la virgen desposada.

Las mujeres salieron á recibirla cuando descendió de su camello, cubierta de un largo velo: un coro de doncellas la acompañó á la tienda de la madre de Isaac.

No en vano habia hecho el siervo su largo viaje al país extranjero... Ahora volvia con una virgen, la virgen mas bella de la ciudad de Nachor.

EL DESIERTO.

Así habló Dios al mas grande de los profetas:—Tantas veces me ha tentado ese pueblo, que ha llenado la medida de la justicia. Por él he congregado cien veces los ángeles y he usado de mi poder. Jamás pueblo alguno ha contemplado tantas maravillas. Las rocas de la montaña se habrian ablandado, pero su corazón, con mi bondad se ha endurecido. ¿Qué haré ya por ese pueblo, para que Israel crea una vez en su Dios?... ¡Ah! sus hijos tendrán que crearme y llorar amargamente, cuando vean en el desierto los huesos de sus padres; cuando recuerden las blancas tiendas, en donde les criaron sus tiernas madres.

ANTONIO VIDAL Y DOMINGO.

CUSTODIA

DEL CONVENTO DE LA MERCED EN AREQUIPA, EJECUTADA POR ARTISTAS ESPAÑOLES.

La Custodia cuyo grabado vá en este número, es una de las obras de mayor mérito artístico de cuantas posee la Iglesia del convento de la Merced en Arequipa (Perú). Antes de enviarla á su destino, se halló espuesta algunos días en esta corte, y el público pudo admirar tan notable trabajo, hecho en la fábrica platería de S. M. la Reina, por los señores Marquina y Espuñez, acreditados de excelentes artistas. El conjunto de la obra es bellissimo, y así las figuras, como

las demás partes y accesorios que la componen, revelan el buen gusto y la conciencia con que está ejecutada. La custodia es de oro y plata, y mide una altura de cerca de vara y media. Los ángeles, las nubes, las espigas, y remates están primorosamente cincelados, no menos que el centro del viril, en el cual, además del oro, se emplearon riquísimos esmaltes. Dignos son de elogio los señores Marquina y Espuñez, como también los demás artífices que tomaron parte en esta custodia, que igualmente honra á la comunidad por cuyo encargo se llevó á cabo, y que debe estar satisfecha de haber dado al culto religioso una obra con la que pocas podrán competir de las que adornan los templos del Perú.

Hay en el mundo 123 órdenes honoríficas destinadas á recompensar los méritos civil y militar. Este número se subdivide por nacionalidades, del modo siguiente:

En Francia hay 1; en Austria 9; en Inglaterra 7; en España 10; en Prusia 9; en Italia 4; en Méjico 4; en Rusia 8; en Bélgica 1; en el Brasil 5; en Hannover 2; en Grecia 1; en Babiera 11; en el ducado de Baden 3; en la Hesse 4; en el ducado de Brunswick 1; en Dinamarca 2; en Portugal 6; en Persia 2; en Turquía 3; en Túnez 2; en Suecia y Noruega 5; en Sajonia 4; en Sajonia Coburgo-Gotha 1; en las islas de Sandwich 1; en la república de San Marino 1; en Wurtemberg 3; en Anhalt 1; en el principado de Mó-naco 1; en el de Nassau 2; en el de Oldemburgo 1, y en Holanda 4.

En esta estadística, que tomamos de un periódico extranjero, debe haber alguna inexactitud, pues en España, si no recordamos mal, hay mas de diez órdenes para recompensar los méritos civil y militar. Las órdenes mas antiguas son las de Alcántara, Santiago y Calatrava en España; la de Avis en Portugal y la de Dannebrog en Dinamarca. En China, Cochinchina, Japon y los Estados constituidos en república, á escepcion de la de San Marino, no hay condecoraciones.

De la semejanza que existe entre el idioma castellano y el que se habla por muchas personas de Constantinopla, Salónica, Jerusalem y la costa de Berberia, deduce el señor Hartzembusch, que los españoles debemos tratar de introducir libros nuestros en la Turquía europea y asiática, en Tánger y Marruecos. Una imprenta española en la antigua Bizancio, un periódico ó bien algunos libros baratos, impresos á dos columnas, una en caracteres rabínicos y otra en letra romana, serian tal vez excelente medio para establecer relaciones, con ventajas recíprocas, entre los españoles de hoy y los descendientes de otros, que fuera de nuestra península conservan apellidos nuestros, y no poco del habla en que departieron con Juan Baena los capellanes de Isabel la Católica. Obligacion de todo país civilizado es purificar y conservar su lengua donde quiera que se use.

Un periódico científico americano propone, para facilitar la formacion de vapor en las calderas, colocar en el generador una especie de tabique de plancha metálica muy delgada destinada á provocar en el seno del líquido una corriente rápida, cuyo objeto es favorecer el desprendimiento de las burbujas de vapor que se forman en la pared que está en contacto mas directo con el fuego, y elevarlas á la superficie.

Un empleado en la construccion del camino de hierro de Tarare acaba de descubrir un nuevo método para cargar los barrenos de las minas. En lugar de emplear el atacador para oprimir la pólvora, coloca simplemente sobre la carga un trozo de cono, cuya base mayor queda á la parte exterior, y que deja libre el paso de la mecha. Sobre este cono se pone arena, guijo, ó los restos que se sacan de los taladros. Esta manera de obrar tiene la ventaja de producir, con la misma cantidad de pólvora, efectos mas considerables que por el antiguo método, y evitar al mismo tiempo todos los peligros de las cargas.

Los señores Ymbs hermanos, han creado en Brumath (bajo Rhin), una nueva industria, cuyo objeto es fabricar unas piezas á las que dan el nombre de tejidos de guata de lana, ó tejidos acolchados de lana. Sus piezas, en efecto, están compuestas de un tejido mas ó menos grueso, y de cierto número de capas de lana encarnada. La union entre el tejido y las superficies filamentosas, se verifica por medio de una costura ó especie de labor en ángulo recto en ambos

sentidos de la pieza. Los hilos de lana que se emplean para esta union, hacen en cierto modo las funciones del urdimbre y de la trama en un tejido comun.

Se acaban de hacer en el canton de Neuchatel interesantes ensayos de minas cargadas con la nitroglicerina, con el objeto de desprender en la orilla derecha del Areuse gruesos blocs de rocas destinadas á la construccion de un dique en el rio. Esta mina de ensayo perforada en la mitad de la pared de rocas que costea el Areuse, tenia 21 pies de profundidad por 2 pulgadas de diámetro; el blocs de rocas que su explosion hizo desprender de la montaña, tenia próximamente 300 metros ó 11,000 pies cúbicos, á pesar de que la mina no se habia cargado mas que con seis libras de nitroglicerina.

El fotógrafo francés, señor Bazin, ha inventado un ingenioso aparato submarino para fotografia, mediante el cual puede copiar buques idos á fondo, rocas y otros objetos debajo del mar. Es una especie de garita ó campana de buzo con ventanas y cristales en forma de lentes, á prueba de agua, en la cual, por medio de la luz eléctrica, las fotografias salen completamente iluminadas. Dicho señor ha podido permanecer diez minutos en esta campana submarina, obteniendo varias fotografias bastante exactas de objetos, á una profundidad de 300 pies.

En la industria cerámica, segun dicen varios periódicos extranjeros, se acaba de introducir en algunas fábricas un nuevo procedimiento de vidriado, debido á los señores Anthoine y Genoud, con el cual se consiguen efectos muy vistosos. Este procedimiento consiste en disolver en agua régia dos partes iguales de platino y aluminio, á fin de obtener un cloruro de platino y aluminio que se mezcla con esmalte de Limoges en polvo. Si se trata de revestir con este vidriado una pieza de porcelana, se estiende la mezcla sobre su superficie por los medios ordinarios, y se lleva la pieza al horno para producir la vitrificacion. La accion del calor y probablemente tambien la de los gases reductores del horno, dan á la superficie de la porcelana un brillo metálico especial.

La cantidad de tabaco que se produce en el globo, se reparte del modo siguiente: Asia 155.000,000 de kilógs.; Europa 141.000,000; América 124.000,000; Africa 12.000,000; Australia 400,000.

Reichenbach ha calculado que caen por término medio doce areolitos por dia, ó sean 4.000,000 por cada mil años, que vienen á acrecer la masa del globo.

UN RECUERDO DE AMOR.

I.

Eran las once de la noche de uno de esos dias, en que los negocios ó los placeres no nos dejan un momento de descanso. Habia trabajado toda la mañana; un largo y agradable paseo por el Retiro con un amigo habia ocupado la tarde, y con pretexto de tomar té nos habíamos reunido varios jóvenes á leer versos, charlar y murmurar del prójimo; despues del té, se habia tomado ponche, y entre el ponche, el té, los versos, en su mayor parte soporíferos y sentimentales, el paseo y el trabajo habian hecho, que tuviese sueño.

Lo mejor que puede uno hacer cuando tiene sueño, es meterse en la cama. Convencido de esta verdad, estreché al paso la mano del amigo, en cuya casa nos encontrábamos, cogí mi sombrero y me eclipsé.

La noche estaba fria: andaba poca gente por las calles.

Al llegar á mi casa, noté que cinco ó seis coches se hallaban detenidos muy cerca. El sueño impidió que aquella fila de vehículos ocupase mas de un segundo mi pensamiento. Subí de prisa las escaleras, entré en casa y me faltó tiempo para desnudarme y meterme entre sábana y sábana.

Ya me hallaba sumido en esa dulce somnolencia precursora del sueño, ya iba á quedarme, en fin, dormido, cuando un no esperado rumor vino á turbar el apacible sosiego en que me hallaba, y á impedir mi descanso. Era aquel rumor ni mas ni menos que el acompasado són de un piano, que dejaba oír unos lanceros. Y aquel verdugo de madera y metal sonaba al otro lado del tabique en que se apoyaba la cabecera de mi cama. Parecia puesto allí por la mano de la fatalidad, para no dejarme dormir.

Recordé entonces la fila de coches, que al llegar habia visto, y dije para mi capote:—Baile tenemos.

Cerré los ojos y procuré dormir; metí la cabeza bajo las almohadas, hice esfuerzos invencibles por llamar al sueño; pero era materialmente imposible dormir en aquella situacion. Despues de los lanceros, tocaron un schotish; en seguida una preciosa tanda de walses de Strauss, que me parecieron entonces horriblemente discordantes; luego otros lanceros, y despues unas habaneras. Lo confieso, las habaneras acabaron por atacarme los nervios. Asi es, que salté de la cama, encendí una vela, me embocé en la bata y cogí una novela de Ponson, decidido á quedarme dormido en la butaca, que coloqué lo mas lejos posible del asesino piano. Pero ni aun la prosa del fecundo vizconde-novelistá consiguió hacerme conciliar el sueño.

Convencido de que tenia que pasar una noche toledana, dejé la novela de Ponson, y me puse á pasear por mi cuarto, ni mas ni menos que el oso del Retiro en su estrecha jaula.

Serian las cuatro de la mañana, cuando el haberse callado por fin el maldecido piano y el ruido de los coches que se alejaban, me convencieron de que la *soirée* habia dado fin.

Me reintegré sin mas tardanza en la cama, y á los pocos instantes me quedé profundamente dormido, no sin haber renegado previamente de los bailes, *soirées*, *tés* danzantes, etcétera.

II.

Pasaron seis dias.

Ya no me acordaba ni remotamente de la mala noche descrita.

Llovia y no habia querido salir de casa. Despues de comer, me habia sentado junto á la chimenea con una preciosa novela de Feval, *Le roman de la Jeunesse*, y el resto de la tarde y las primeras horas de la noche habian pasado para mí en un momento. El reloj de la chimenea, que daba las once, me distrajo de mi lectura, mis ojos se hallaban fatigados y tuve por conveniente meterme en la cama.

En mal hora lo hice.

No bien me iba quedando traspuesto, cuando el mismo piano de la noche precedente sonó á la cabecera de mi cama, dejando oír los mismos lanceros consabidos.

Seria imposible explicar mi desesperacion. Tenia sueño y no podia dormir. Me hallaba condenado al suplicio de velar una noche á la semana, sólo porque el vecino tenia el feo vicio de dar bailes. ¿Quién le mandaba al vecino recibir? ¿Con qué derecho turbaba el reposo de un honra lo é inofensivo ciudadano?

Decidí mudarme á la mayor brevedad, antes de que llegase el baile siguiente; pero esto no hacia que durmiese aquella noche.

Me tiré de los pelos, rompí un jarron de china, improvisé versos de tragedia, invocando las iras del Averno contra mi vecino, canté la maldicion de la *Luccia* á voz en cuello, y todo para desahogar mi furia.

No sabiendo ya qué hacer, y continuando sin interrupcion los malhadados lanceros, cogí una silla y me puse á bailar con ella como si fuese mi pareja.

Esto fue un rayo de luz.

En un momento saqué una camisa limpia, coloqué en ella los botones, y despues de lavarme me la puse; me calcé unos botitos de charol, vestí el negro pantalon y chaleco de ordenanza, rodeé mi cuello con la blanca corbata obligada, me puse el frac, me calcé los blancos guantes y cogí el *claque*.

Al disponerme á salir, una idea me detuvo. ¿Cómo iba á invadir el ageno territorio, cómo iba á allanar el domicilio ageno? Ya me decidia á romper por todo y á no pararme en barras, pensando que el no dejarme dormir me daba derecho suficiente para bailar en casa del vecino, cuando oí que una voz humana se unia á la voz del piano, cantando la romanza de tenor de *Fausto*.

Yo conocia aquella voz, yo conocia aquella manera de cantar, yo habia oido la romanza de *Fausto* cantada por aquella voz y con aquel estilo, pero ¿dónde? ¿cuándo?

Al fin me di una palmada en la frente. El que cantaba era mi amigo Félix. El creerle ausente era lo que me habia impedido hasta entonces pensar que fuera él el cantante.

Tenia quien legalizara mi situacion en casa del vecino, y no vacilé por mas tiempo. Salí de mi casa, y al ir á entrar en la de al lado, un coche se detuvo á la puerta de la última; bajaron de él una elegante señora y un caballero, subí tras ellos la escalera, profusamente alumbrada y adornada con macetas, entré en la habitacion del baile, un lacayo se apresuró á quitarme el abrigo, me arreglé la corbata, me tiré de los puños y entré en el salon.

III.

Habia mucha gente, tanta cuanta el salon podia contener. En un gabinete se jugaba al *ecarté*; en otro se hallaba constituido el *areópago* de las señoras ma-

yores; media docena de hombres políticos, exornados con todas las placas que su posicion requeria, arreglaban la Europa á su antojo. En el salon se debia haber bailado. Por el momento, se hacia musica entre lanceros y walses.

Mi amigo Félix habia dado fin á su romanza, y sufría una triple descarga de aplausos, lisonjas y apretones de mano. Al fin pudo escurrir el bulto, y ya iba á desaparecer en el gabinete del ecarté, cuando le detuvo. Su asombro fue estremado al verme allí. Le conté mi funesta historia, y cogiéndome del brazo, nos lanzamos en busca del ama de la casa, para presentarme á ella.

—La señora de Sandoval, me dijo Félix, es una viuda jóven aun, bastante bien parecida, rica y del mejor trato: su posicion y su belleza hacen que acuda una nube de moscones á su alrededor; pero ella se rie de sus galanterías y tiene el talento de hacerse vieja antes de serlo. Pero aquí está.

Fui presentado, medio de broma y medio formalmente, á la señora de Sandoval, que me recibió con la mayor afabilidad del mundo.

—Debo á usted una indemnizacion, me dijo, cuando Félix le hubo referido mi historia, y como no está en mi mano satisfacer esa deuda, quedaria insolvente, si no tuviera una fiadora que respondiese por mí.

Y cogiendo de la mano á una jóven que pasaba, y que tenia con ella un parecido extraordinario, añadió:

—Mi Cecilia pagará mi deuda, bailando con usted los primeros lanceros.

Diciendo ésto, se cogió del brazo de Félix y se alejó con él.

Me quedé como una estatua ante la jóven. Felizmente, en aquel momento el piano empezó á sonar de nuevo, alargué mi mano, Cecilia posó en ella tímidamente su preciosa manecita, y fuimos á tomar posicion para bailar.

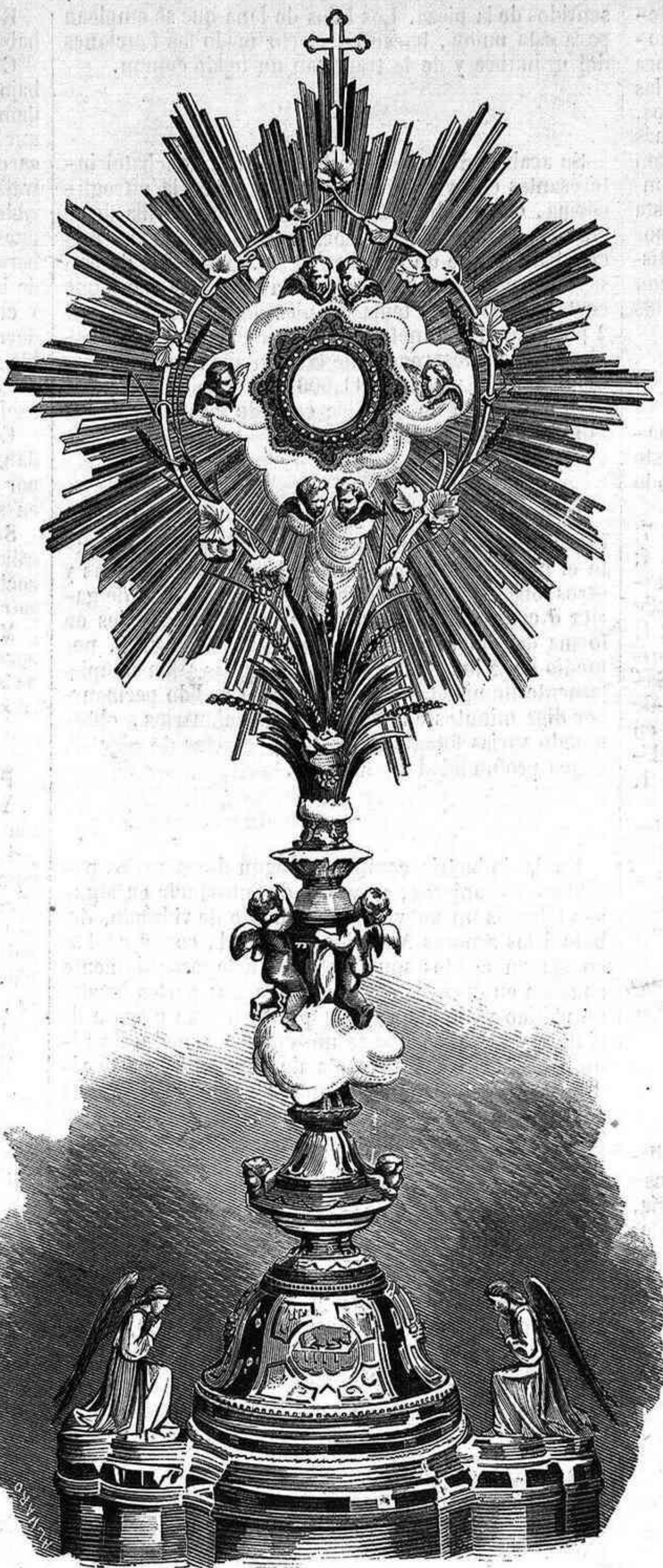
IV.

¡Qué preciosa estaba! Figuraos un blanco vestido vaporoso y poético, un rostro pálido y lleno de tierna languidez, una boquita sonrosada que se arrugaba al sonreír, unos ojos oscuros, aterciopelados, tan pronto tristes como juguetones, una rubia cabellera de ángel, un talle delicado y esbelto. Animad aquel semblante con la turbacion del momento, con la animacion del baile, con el convencimiento de estar bella y de ser admirada, y tendreis lo que era Cecilia en aquel instante.

Hablamos muy poco durante los lanceros.

—Ya he pagado la deuda de mamá, me dijo cuando acabaron.

—Y ya sabe usted como indemnizar-



CUSTODIA DEL CONVENTO DE LA MERCED EN AREQUIPA, FABRICADA EN LA PLATERÍA DE LOS SEÑORES MARQUINA Y ESPUÑEZ.

se los jueves próximos de la molestia de no dormir; añadió la señora de Sandoval, que pasaba.

Félix se cogió de mi brazo y fuimos á hablar algunos conocidos.

—He hecho tu apología á la señora de Sandoval, me dijo. Le ha caído en gracia tu ocurrencia, y sin mas ni mas eres esta noche el personaje importante del baile. Has eclipsado con solo presentarte las glorias de mi romanza de Fausto.

No tardaron mucho los concurrentes en empezar á marcharse. Nos despedimos Félix y yo y salimos.

Hay casualidades que parecen providencia: al dia siguiente estaba yo al balcon cuando Cecilia salió á regar sus macetas. Trabamos conversacion de balcon á balcon, le pedí una flor y me la dió ruborizándose.

Escuso decir que todos los dias me hallé desde entonces en el balcon, á la hora en que mi linda vecina regaba sus macetas.

El jueves siguiente á las once, hacia mi entrada triunfal en casa de la señora de Sandoval.

Los primeros lanceros de Cecilia fueron para mí. ¡Qué preciosos me parecieron aquella noche! tan preciosos como horribles me habian parecido antes. Por supuesto, que no desperdiicé la ocasion, sabiendo que es calva y que hay que cogerla por su único cabello. Así es, que, sin mas dilaciones, hice á Cecilia mi declaracion. No dijo ni sí ni no. Pero ¡qué contestacion mas elocuente que la mirada que irradiaron sus ojos al través de sus luengas pestañas, que la ruborosa tinta que cubrió sus pálidas mejillas, que la agitacion de su seno, que el involuntario temblor de su mano al posarse en la mia?

Bailó despues con otros y yo me mantuve sin bailar, apoyado en el quicio de una puerta y comiéndomela con los ojos, como suele decirse.

Y me parecia que ella escuchaba apenas lo que su pareja le decia, como si su pensamiento se hallase en otra parte. Y aun creí notar mas de una vez que su mirada se dirigía rápidamente hácia la puerta en que me apoyaba.

A poco, el piano preluvió los famosos walses de Strauss. Me apresuré á sacar á Cecilia. Entonces, al suave movimiento del wals, á mis amantes súplicas contestó al fin con un sí tímido, apenas perceptible, adivinado mas bien que oido por mí.

V.

¿Será preciso contar la historia hasta el fin?

—No, dirá el lector: os amásteis, os casásteis, fuisteis felices y la felicidad no se cuenta.

—No fue así, lector benévolo. Mi novela no tuvo trágico fin en la calle de la Pasa.

—Hombre, ¿qué me cuenta usted?

—Lo que usted oye. Cecilia, como todas las muchachas bonitas de Madrid, tenia un primo alumno de artillería. Lo confieso, por mis venas corre la sangre de Otello. Iba Cecilia á paseo, el primo á los cinco minutos se unia á ella; iba al teatro, pues el primo tambien. Todos los dias teniamos riñas y monos. Solo cuarenta dias pude resistir aquel suplicio de todos los instantes. Hubo las lagrimitas de ordenanza, el obligado cambio de cartas, y acabaron nuestras relaciones.

Encuentro con frecuencia á Cecilia, pero en vez de la tierna mirada, de la dulce sonrisa, de la cariñosa palabra cambiada al paso, ó del furtivo apretón de manos, me echo mano al sombrero y pronuncio un ceremonioso «á los pies de usted.» Y cuando la veo en los teatros ó las reuniones, voy á saludarla, y hablamos un momento del tiempo, de la ópera ó de la comedia.

Sic transit gloria mundi.

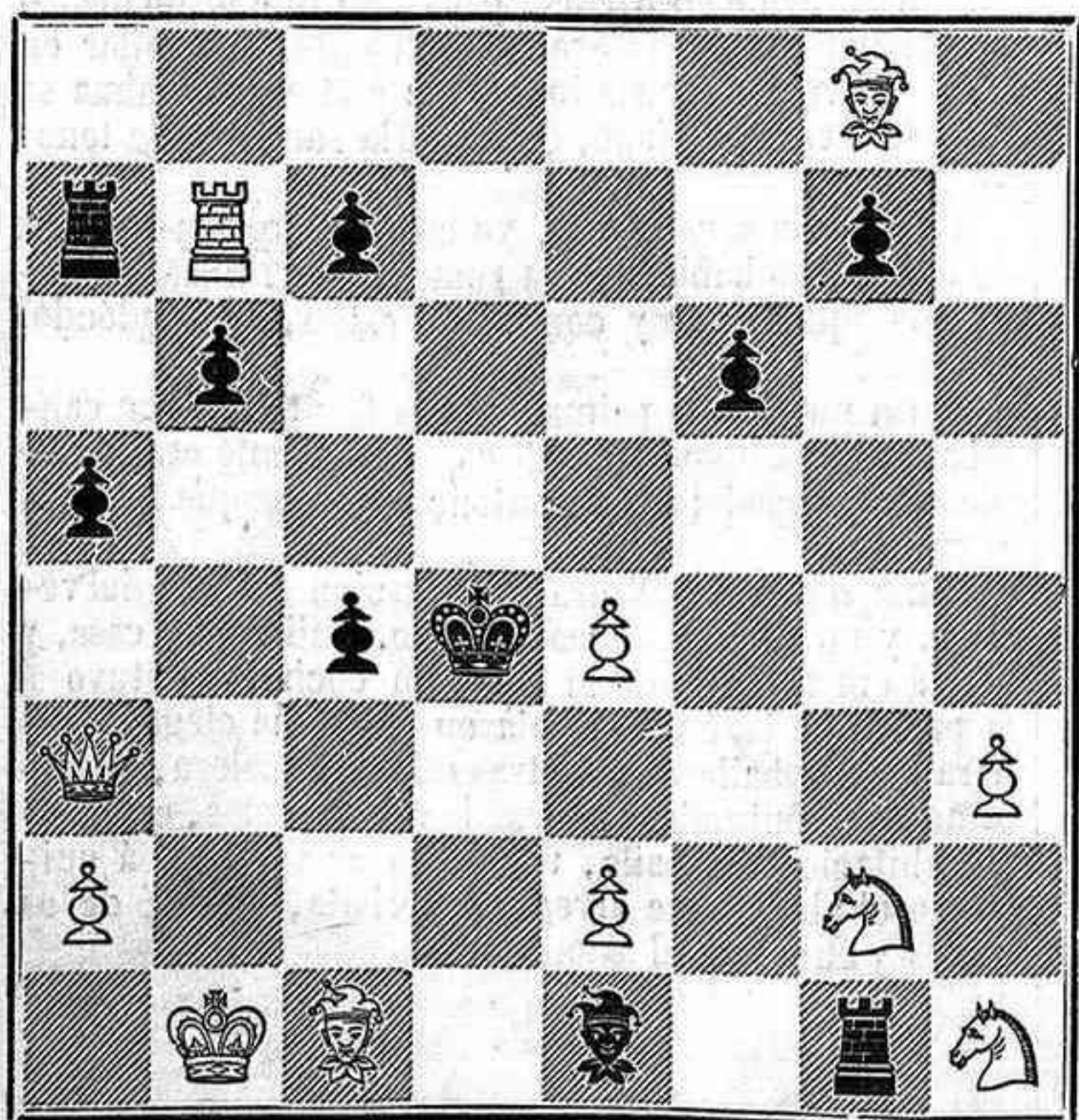
ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 76.

POR DON J. FORNOVI (ALMERÍA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 75.

Blancos. Negros.

- 1.º C 6 R
 - 2.º D 5 A R jaq.
 - 3.º C 4 D jaq. mate.
- (A)
- 1.º T 5 C D
 - 2.º libre.
 - 3.º C D 6 P segun la jugada del negro, jaq. mate.

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Lerroux y Lara, R. Canedo, M. Fernandez, E. Castro, J. Gonzalez, J. Rex, J. Gimenez, D. Garcia, J. Oller, M. Zafra, G. Dominguez, de Madrid.—A. Galvez de Sevilla, R. Mata, de Granada.—Casino de Artisanos de Moguer.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 74.

Señor don A. Pequeño, de Madrid.

PROBLEMA NUM. XXXIX, POR EL SEÑOR BRIGADIER POZO.

Blancos. Negros.

- R 2 R
 - D 8 C D
 - C 4 C D
 - C 7 T R
 - P 2 C R
 - 3 T R
 - 5 T R
- R 5 A R
 - C 2 A D
 - P 5 R
 - 6 C R
 - 5 T R

Los blancos dan mate en tres jugadas.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Quevedo es el editor responsable de las gracias y desvergüenzas de todo el mundo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR. IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.